co con el nombre de Sociedad de los Refinados, y tambien de los Templarios-que era su verdadero nombre, -- no tenia nada de comun con la de los Devoradores, ilustrada por Balzac, puesto que carecia de todo carácter romántico y dramático. Los que formaban parte de ella no pretendian, en manera alguna, ponerse fuera de la moral comun, ni sobre las leyes del pais, no comprometiéndose tampoco con ningun juramento de mutuo y perfecto auxilio, sino que únicamente se comprometian bajo su palabra, á observar en sus relaciones recíprocas las reglas mas puras del honor. Estas reglas se precisaban en su código, cuyo texto es muy difícil conocer con exactitud; pero creese que se referia casi únicamente á las cuestiones de honor familiares entre hombres en las regiones especiales del círculo, del juego, del sport, del duelo y de la galanteria, Era, por ejemplo, faltar al honor y rebajarse, perteneciendo á la asociacion, pretender la esposa ó la amante de otro miembro. No habia otra sancion penal que la expulsion; pero las consecuencias de la expulsion eran graves, porque cada uno de los asociados dejaba desde aquel momento de tratar, y hasta de saludar, al miembro indigno. Los Templarios adquirian en este

pacto secreto una ventaja: la seguridad particular de sus relaciones entre ellos en las diferentes circunstancias de la vida mundana en que diariamente se encontraban, bien entre bastidores, bien en los salones, bien en derredor de las mesas del círculo ó bien en las tribunas del turf.

Entre sus compañeros y émulos de la alta vida parisién, el conde de Camors era sin duda una excepcion, por la profundidad y constancia sistemática de sus doctrinas; no lo era seguramente en cuanto al escepticismo absoluto y materialismo práctico; pero la necesidad de una ley moral es tan natural al hombre, y le es tan dulce obedecer á un freno tan elevado, que los adeptos elegidos á quienes primeramente sometió Camors su proyecto lo acogieron con entusiasmo, gozosos con poder sustituir una especie de religion positiva y formal, por restringidos que fueses sus límites, á las confusas y flotantes nociones del honor corriente. Adivínase desde luego que para el mismo Camors era una nueva barrera que trataba de alzar entre él y la pasion que le fascinaba, sujetándose de esta manera con doble fuerza al único lazo moral que le quedaba. Completó su obra haciendo aceptar al General la presidencia de la asociacion; y el General, para quien el honer era una especie de deidad misteriosa, pero real, quedó muy satisfecho al presidir el culto de su ídolo.

Mediaba á la sazon el invierno. La marquesa de Campvallon habia reanudado hacia tiempo el curso de su vida, á la vez severa y elegante, siendo exacta en la iglesia por la mañana, en el Bosque y en las rifas de caridad durante el dia, y en la Opera ó en los Italianos por la noche. Habia vuelto á ver al conde de Camors sin sombra de emocion aparente, y hasta le habia tratado con mas naturalidad y sencillez que antes: ni la mas ligera mirada retrospectiva, ni la mas pequeña alusion á la escena del parque durante la tempestad; condújose como si aquel dia hubiese lado expansion de una vez para siempre á lo que tenia en el pecho. Su conducta se parecia mucho á la indiferencia. El conde de Camors debia alegrarse mucho de esto, y sin embargo estaba contrariado. Un interés cruel, mas poderoso y querido ya de su alma hastiada, desaparecia de su vida. Inclinábase á creer que la marques de Campvallon tenia carácter mucho menos profundo y menos complicado de lo que se figuró al principio; que se habia amoldado poco á poco á la vulgaridad mundana, y que, en realidad, habia llegado á ser lo que pretendia: una buena persona, contenta con su suerte é inofensiva.

Una noche se encontraba el conde en su butaca de orquesta en la ópera. Daban los Hugonotes. La marquesa ocupaba su palco. Varios encuentros que tuvo Camors en los pasillos durante los primeros entreactos le impidieron ir tan pronto como de ordinario, á saludar á su prima, y al fin, despues del cuarto acto, subió al palco donde la encontró sola, pues el General habia bajado al salon. Quedó asombrado al entrar, al notar en las mejillas de la jóven huellas de recientes lágrimas, y ver aun húmedos sus hojos; la marquesa á su vez mostró quedar descontenta de ser sorprendida en flagrante delito de sensibilidad.

—La música me ataca siempre un poco á los nervios,—dijo.

-- Vos, que me censurais que oculto mis méritos, ¿por qué ocultais los vuestros? -- dijo Camors.

-No, no (contestó ella). Ningun mérito tengo en esto....; Ah, Dios mio! Si supieseis....: es todo lo contrario.

- Qué misteriosa sois!

- l'Teneis mucha curiosidad de conocer el misterio? Pues bien: vais á quedar satisfecho porque ya es tiempo de concluir....

Y separando un poco la butaca del antepecho y de la vista del público, se volvió hacia á Camors, y continuó diciendo:

-¿Quereis saber qué soy, qué siento, qué pienso..., ó mejor dicho, quereis saber si pienso en el amor?.... Pues bien: no pienso en otra cosa. ¿Qué mas?...; Si tengo ó no tengo amantes? No tengo ni tendré jamas, no por virtud- en nada creo - sino por estimacion propia y desprecio de los demas... Esas mezquinas intrigas, esos pobres amores, esas miserables pasiones que veo en el mundo, me sublevan el corazon.... Necesario es que las mujeres que se entregan por tan poco, sean criaturas muy inferiores... En cuanto á mí, recuerdo habéroslo dicho un dia-hace ya mil años, -mi persona me es sagrada, y para cometer un sacrilegio, quisiera; como las vestales de Roma, un amor tan grande como mi crimen, tan teririble como la muerte.... Hace un momento he llorado, ese magnífico cuarto acto. Y no solamente porque escuchaba la música más maravillosa que se ha escuchado jamas sobre la tierra, sino porque admiraba, porque envidiaba apasionadamente los soberbios amores de aquel tiempo.... ¡Y así es la verdad! Cuando leo las novelas de ese hermoso siglo xvi, quedo extasiada. ¡Aquellos hombres, aquellas mujeres sabian amar.. y morir! ¡Una noché de amor, y perecer! ¡Esto es hermoso! – Esto es todo, querido primo. Ahora marchaos; nos observan. Van á creer que nos amamos, y como no tenemos ese placer, es inútil recoger los sinsabores. Ademas me encuentro aún en plena corte de Cárlos XI, y me dais compasion con vuestro frac negro y vuestro sombrero redondo. Buenas noches.

—Muchas gracias, —dijo Camors. Estrechó la mano que la marquesa le tendia con desfallecimiento, y salió del palco.

En el pasillo encontró al señor de Campvallon.

-¡Caramba! Querido amigo (le dijo el General, cogiéndole un brazo); necesito comunicaros una idea que me está asediando toda la noche.

-- ¿Qué idea es esa, General?

— Hela aquí: he visto esta noche una multitud de jovencitas preciosas; he pensado en vos, y he dicho á mi mujer: "Es necesario casar á Camors con una de esos muchachas."

-¡Oh! ¡General! -¡Y bien! ¿Qué?

-- Eso es grave. ¡Si se engaña uno en la

eleccion...., puede llegar muy lejos la cosa!

-¡Bah! ¡bah! ¡No es tan difícil el negocio!... Elegid una mujer como la mia...., que tenga mucha religion, poca imaginacion y ninguna fogosidad.... ¡En esto consiste el secreto!.... ¡Os lo digo en reserva, querido!

-Bien, General; pensaré en ello.

-Pensad, pues, -contestó el General con profundo acento.

Y marchó á reunirse con su jóven esposa,

á la que tan perfectamente conocia.

En cambio, ella se conocia bien á sí misma, y se habia definido con asombrosa verdad. Sin embargo, la señora de Campvallon no era á su modo, como el señor de Camors al suyo, excepcion en el mundo parisién; aunque dos almas tan enérgicas y dos inteligencias tan priviligiadas hubiesen de llevar la depravacion á un grado extraordinario.

En efecto: la atmósfera artificial de la alta civilizacion parisién quita á las mujeres el sentimiento y el gusto del deber, dejándo-les solamente el sentimiento y el gusto de los placeres. En este medio, brillante y falso como mágia de teatro, pierden la nocion verdadera de la vida en general y de la vida

cristiana en particular, pudiendo asegurarse que todas aquellas que no se forman fuera del torbellino una especie de Tebaida (las hay de estas), son paganas. Y son paganas orque solamente les interesan las voluptuosidades de los sentidos y del espíritu, y una sola vez al año tienen una idea, una impresion del órden moral, á menos que enérgicamente las llame á ellas la maternidad; que algunas detestan; son paganas como las bellas católicas profanas del siglo xvi, entusiastas del lujo, de los ricos trajes, de los muebles preciosos, de las letras, de las artes, de ellas mismas y del amor; son paganas encantadoras como Maria Estuardo, y capaces como aquella de encontrarse cristianas bajo el hacha

Se comprende que hablamos de la parte mejor, de la escogida, de las que leen, piensan y sueñan. De las demas, de aquellas que solamente toman de la vida de París el lado pequeño y el aturdimiento pueril, esas lecas que se visitan, se dan citas, se arrastran mutualmente, se visten, murmuran y se agitan día y noche en el vacío, y bailan con una especie de frenesí á la luz del sol parisién, sin pensamiento, sin pasiones, sin virtudes y hasta sin vicios, es necesario confesar